SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

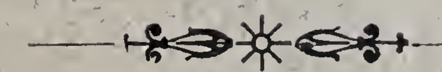
María Teresa

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARCOS ZAPATA



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902

MARÍA TERESA

MARIA TERESA

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARCOS ZAPATA

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 24 de Junio de 1902

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 dup.°
Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TERESA..............................	Sra.	Calderón.
DOÑA RAMONA....................		Dominguez.
JULIÁN..........................	Sr.	Perrín.
ANSELMO..........................		Abad.
FRAY CLEMENTE...............		Campos.

Dos guardas jurados

La acción contemporánea y en un pueblo de Castilla

ACTO UNICO

Sala en la planta baja de una casa de pueblo, perteneciente á familia rica. A la izquierda (siempre la del actor) primer término, una puerta, algo tosca, que permanecerá cerrada hasta que lo determine la fábula. En segundo término, una ventana abierta, con rejas y de hojas practicables. Al fondo del mismo lado, frente al público y pegado al muro, un tablero en forma de altar, de un metro de altura, cubierto con tapete rojo y sobre el tablero una imagen de talla representando una Virgen, de visibles y buenas proporciones y colocada en medio de dos candeleros con velas, que se encenderán á su tiempo, y una lamparilla, que arde desde que se alza el telón. A la derecha, primer término, á poca distancia de la pared, una mesa de roble ó nogal y sobre ella un botellón con agua, algunos vasos y una bandeja. Puerta en segundo término y otra mayor al fondo, ambas permanecerán abiertas Un sillón de cuero cerca de la mesa y algunas sillas de la misma clase distribuídas convenientemente.

Al levantarse el telón aparecen Fray Clemente sentado junto á la mesa, y de pie, y á su derecha, doña Ramona cortando un limón con un gran cuchillo de cocina, de buena punta, y preparándose á servir un refresco.

ESCENA PRIMERA

FRAY CLEMENTE y la SEÑORA RAMONA

F. CLEM. Su nombre estaba bien claro
en la lista de los muertos,
Julián Martínez.

RAM. Sin duda.
Mas replica ese diablejo
de Teresa que no es cosa
rara encontrar dos sujetos
de apellido y nombres iguales.

F. CLEM. Pero no en el mismo cuerpo,
y menos cuando se trata
de la clase de sargentos.

RAM. No hay razón que la convenza.
Aquí tenéis el refresco.
(Sírveselo y deja el cuchillo sobre la mesa.)

F. CLEM. (Después de beber.)
Excelente limonada. (Transición.)
Y la conducta de Anselmo,
el esposo de Teresa
mi sobrinito y tu yerno,
¿no es correcta por ventura?

RAM. Yo, mayormente, no tengo
queja de él, hablando en plata;
mas sí diré que no puedo
contemplarle sin sentirme
presa del remordimiento.

F. CLEM. ¿Remordimiento... por qué?

RAM. Pues por habérselo impuesto
como marido á una hija,
echando mano al efecto
de esa autoridad de madre
que he recibido del cielo.

F. CLEM. Suceda lo que suceda
yo en este asunto te absuelvo
de toda culpa, Ramona,
pues muy cuerdamente creo
que aquí hay más ruido que nueces.

RAM. No, señor; que el caso es serio.
De no ser así, ¿os hubiera
llamado con tal apremio?

F. CLEM Vamos, habla, ya te escucho. (Sonriendo.)
(Ramona examinando las puertas para precaverse de oídos indiscretos.)
¡Por Dios, y cuánto misterio! (Por Ramona.)
(Pausa breve.)

RAM. Con Anselmo esta mañana
hallábase en el granero
Matías, el *Poca pena*,

cuando llegaron los ecos
hasta mí de un altercado
que hubo de trabarse entre ellos.
—¡Que no lo pago, te digo!
—¿No lo pagas?... ¡No hay centeno!
—¡Mira que hablo con Teresa!
—¡Te retorceré el pescuezo!
—¿Así premias, gran tacaño,
mis servicios?
—¿Qué más premio
que cinco duros por carta?
—¡Ya hubiera doblado el precio
Teresa por recibirlas!..
¡Pobre Martínez!—¡Silencio!
¡Carga, carga con el grano
y confúndate el infierno!
Y aquí da fin el coloquio
de ese par de trapaceros.
¿Qué opina el padre Clemente?

F. CLEM. Que el tal Matías se ha hecho
acreedor á un presidio,
si lo relatado es cierto.
Por lo que atañe á la suerte
de Julián, ya el Ministerio
de la Guerra, á instancia nuestra,
declaró el fallecimiento.
¿Sabe algo de lo ocurrido
Teresa?

RAM. ¡Dios verdadero,
lo único que le faltaba
para aumentar sus recelos!
Ella que se juzga víctima
nuestra, que dice que la hemos
engañado hasta obligarla
á enlazarse con Anselmo,
si hoy llega á oir lo que yo,
aquí se arma el gran tiberio.
Figuraos que recuerda
con envidia aquellos tiempos,
antes de haber recibido
esa herencia del tío Pedro,
en que las dos trabajábamos
para ganar el pan nuestro,
ella como profesora

de niñas en un colegio
y yo pegada á la *Singer*
dieciséis horas cosiendo...
¡porque, ay, por entonces era
tan dichosa!... ¡No había muerto
todavía aquel soldado
que hoy resucita su anhelo!

F. CLEM. Como el que más, de Martínez
el trágico fin lamento
y no le olvido en mis preces,
que este es el mejor recuerdo.

RAM. Fray Clemente, ¡si supiérais
cómo trastornan el seso
de esa infeliz los mayores
disparates! ¡Si hay que verlo,
si no parece la misma!
Anteayer, sin ir más lejos,
me la embaucó una gitana
con sus fábulas y cuentos.
La echó la buenaventura...

F. CLEM ¿Y dióla Teresa crédito?...
¿Y pasó por tanto embuste?...

RAM. Sí, señor, sí, por completo.
(Mirando por la reja izquierda segundo término.)

F. CLEM. ¡No cabe duda, esta loca!

RAM. ¡Chitón! Aquí llega Anselmo.

F. CLEM. Con él dejame un instante
(Permanece sentado)
que hablarle á solas deseo.
(Retírase por la derecha.)
(Fray Clemente se muestra en actitud reflexiva y meditabunda unos instantes, mientras llega Anselmo por el foro izquierda.)

ESCENA II

FRAY CLEMENTE y ANSELMO

ANS. ¡Ay, queridísimo tío! (Desde el foro.)
¿Usted por aquí? Me alegro.
(Mientras dice los siguientes versos, coloca el sombrero sobre una silla.)
Hace poco le he dejado

una carta en el convento,
pues verle me precisaba
para pedirle un consejo.

F. Clem. También yo deseo hablarte...
Y hablarte de algo muy serio.

Ans. Por muy serio que ello sea
tanto, en verdad, no ha de serlo
como hallar en un diario
(Marcando las palabras.)
de Barcelona este suelto.
(Saca un periódico del bolsillo, se lo entrega á Fray Clemente, indicándole con el dedo el punto en que debe leer.)

F. Clem. (Leyendo.) «Lista de los repatriados procedentes de la guarnición de Manila que llegaron ayer á bordo del *Isla de Luzón* y han desembarcado en nuestro puerto.—Capitán, don Jerónimo García del Busto. Tenientes, don Raimundo Alvarado y don Quintín de Utrilla. Sargento segundo de artillería, Julián Martínez, (Esto visiblemente emocionado.) todavía convaleciente de una gravísima herida.»

Ans. ¡Eh! ¿qué tal? Conflicto en puerta.
Porque Julián vendrá al pueblo
de seguida.

F. Clem. Es lo probable.

Ans. Y al saber que le hemos hecho
traición....

F. Clem ¡Y que hay un testigo
terrible!

Ans. (Alzándose del sillón.)
¿Cuál?

F. Clem. ¡El cartero!

Ans. ¿Conoce usted?...

F. Clem. ¡Lo sé todo!

Ans. Respondo de su silencio.

F. Clem. Para sujetar su lengua
no te has echado mal censo.
¿Cuánto pagó esta mañana
Matías por tu centeno?
(Sonriendo y marcando.)

Ans. ¿Quién enterarle ha podido?

F. Clem ¡Válgame Dios... y en qué enredo

te metiste tan sin gracia
y en qué trance nos has puesto!
Como sospeche Martínez
del extraño paradero
de sus cartas, que al Juzgado
eleve sus quejas temo,
y si allí se patentiza
tal desmán contra el correo,
va á costar mucho trabajo
libertarte del proceso.

ANS. Lo de Matías se arregla
fácilmente con dinero.
Lo que no será tan fácil
ni de tan seguro arreglo,
es si Teresa descubre
que el famoso documento
(Bajando la voz)
cercificando la muerte
de Julián, no es verdadero.

F. CLEM. ¡También falsificador!
No contábamos con ello.

ANS. Pues merced á tal recurso
y apelando á tal extremo,
pude lograr que Teresa
accediera al casamiento.

F. CLEM. Este segundo delito
del que te confiesas reo,
con ser grave, no lo es tanto
para tí como el primero.
Tu mujer, que es la que tiene
á la denuncia derecho,
callará, ¡por no enviarte
á presidio!

ANS. ¡Allá veremos!
(Con intención y sonriendo.)

F. CLEM ¡Tu honra defiende la suya!

ANS. Me profesa un odio ciego.

F. CLEM. ¡Y aun no se ha cumplido el año
de matrimonio!... Yo en esto
te aconsejé cuerdamente;
presentía los sucesos.
Siempre has sido de un carácter
muy obstinado, y yo, Anselmo,
muy complaciente contigo,

y muy débil y muy necio.
Desde que murió tu padre,
por tí sin descanso velo,
y jamás he descuidado
tu cotidiano sustento.
Te presté todo mi apoyo
en la *hazaña* del convento...
(Marcando, pero á media voz.)

ANS. ¡Tío, por Dios! (Con temor y súplica.)

F. CLEM. Y al recluta
(Marcando también, ídem.)
salvóle el traje de lego.
A mi personal influjo
y al ascendiente que ejerzo
sobre Ramona, tu enlace
has debido en primer término,
y hoy mis altas relaciones
tendré que poner en juego
para impedir que Martínez
pueda visitar su pueblo.
¡Me das que hacer!
(Ramona y Teresa, que vienen por la derecha, aquélla trayendo de la mano á ésta.)

RAM. (Asomada á la puerta.) ¿Estorbamos?

ANS. (¡Teresa y su madre!)
(Al tío con disgusto y en actitud de escaparse.)

F. CLEM. ¡Quieto!
(Al sobrino con autoridad. A Ramona y Teresa lleno de amabilidad.)
Vosotras no estorbais nunca,
y en estos instantes, menos.

ESCENA III

DICHOS; TERESA y RAMONA

RAM. En su habitactón la hallé
(A Fray Clemente, por Teresa.)
vertiendo llanto copioso.

F. CLEM. ¿Teresa?...
(Acercándose á ella y con amable tono.)

TERESA (¡Dios poderoso!)

F. Clem. ¿Qué mal te aflige?
Teresa No sé.
F. Clem. Así al menos lo parece.
Teresa Pues no.
F. Clem. Entonces, hija mía,
¿á qué esa melancolía
que tu semblante obscurece?
Ans. ¡Porque está fuera de quicio!
(Con acento despreciativo y sonrisa irónica.)
¡Va á un manicomio derecha!
Teresa (¡Miserable!) (Reprimiéndose.)
F. Clem. (A Ramona.) ¿Y se sospecha
quién pudo turbarle el juicio?
Ram. Para mí la cosa es llana.
F. Clem. Veamos.
Ram. Se me figura (Marcando.)
que hubo una buenaventura
de por medio.
F. Clem. ¿Una gitana?
Teresa (Con acento de burla.)
Cabal, eso debe ser.
F. Clem. ¡Pues fuera cosa risible
de ser cierto! .. Y no es posible,
digo yo, que una mujer
que pudiéramos citar
por dechado de talento,
le preste su asentimiento
á sibila tan vulgar.
Teresa ¿Y si tal sibila hubiera,
sin recurrir al arcano,
en lugar de un cuento vano
hecho historia verdadera?
F. Clem. ¿Cómo así?
Teresa Sencillamente,
dando á su charla y gracejo
realidades de espejo
que retrata lo presente.
Ans. Venga un ejemplo. (Con altisonancia burlona.)
Teresa ¡Allá va!
(Marcando y con sonrisa.)
Dice de tí, que has logrado
escapar de ser soldado
vistiendo un hábito...
Ans. (Sonriendo irónicamente.) ¡Ya!

TERESA Que te valió la excepción
un recurso tan impío,
y después, gracias al tío,
lograste la exclaustración.

ANS. ¡Tanta simpleza provoca
á reir de buena gana! (Risa forzada.)

F. CLEM. Puede seguir la gitana...
hablándonos por tu boca.

RAM. (A Teresa, suplicante.)
¡No, por la Vírgen María!

TERESA Seguiré.

RAM. ¡Calma, prudencia! (Idem, idem.)

TERESA ¡De agotarse la paciencia
es hora ya, madre mía!
Con un puñado de plata
(A Fray Clemente, con intención.)
de la que alguien atesora,
sin la sed abrasadora
de una codicia insensata
aquel diabólico plan
evitarse á tiempo pudo,
y no herir con golpe rudo
el corazón de Julián.
De Julián, el reemplazante
de una carga tan pesada
y la víctima obligada
de farsa tan repugnante.

ANS. ¡Teresa!
(Agarrando una silla para tirársela, cuya ejecución impide Fray Clemente.)

F. CLEM. ¡Anselmo!

RAM. ¡Qué intenta!
(Asustada, acudiendo al lado de Teresa como para defenderla.)

TERESA ¡Ah, dejadle, por favor!
(Con sonrisa amarga y desdeñosa.)
Mata, si tienes valor,
pues vivir contigo afrenta.
(A Anselmo, llena de noble altivez.)

ANS ¡Basta, basta! (Furioso.)

F. CLEM. ¡Calma ten!

ANS. ¡Por no hacer un desatino
me marcho!
(Toma el sombrero y se dirige al foro.)

F. CLEM. Espera, sobrino,
que yo me ausento también.
(Tomando el sombrero y siguiéndole.)

RAM. ¡Fray Clemente!
(Suplicante y tratando de detenerle.)

F. CLEM. ¡Nunca ví
(Al tiempo de hacer mutis.)
mayor demencia en el suelo! (Por Teresa.)
Corro á suplicar al cielo
que calme su f enesí. (Acento religioso.)
¡Para vencer á Satán
armas me da este breviario!...
(Mostrando el que llevara en la diestra.—Transición y aparte.)
(¡Evitar es necesario
que vuelva al pueblo Julián!)
(Marcando las palabras. Teresa cae sobre el sillón.—Vase foro izquierda.)

ESCENA VI

TERESA y RAMONA

RAM. ¿Qué has hecho, loca, qué has hecho?
¡Tal vez labrar nuestra ruina!

TERESA ¡No respetan ni la espina
que está clavada en mi pecho!

RAM. ¡Con qué disgusto te ha oído
mi confesor Fray Clemente!...

TERESA ¡Confesor! Precisamente
todo el mal de eso ha nacido.
No supo usted resistir
tan poderosa influencia
y condenó mi existencia
á este perpetuo sufrir.

RAM. Teresa, yo no podía
sospechar, ni por asomo,
en tu inforunio. ¿Mas cómo
remediarlo ya, hija mía?

TERESA Rompiendo el lazo cruel
de esta vida de dolor;
pues no tendría valor
para encontrarme con él.

RAM. ¿Por qué atormentarte en vano
si el pobre Julián ha muerto?
TERESA ¿Morir Julián?... ¡no por cierto!
RAM. ¿Y la prueba?
TERESA ¡Aquí en mi mano!
(Mostrando una carta.)
RAM. ¿Una carta suya?
TERESA Sí.
RAM. ¿Cómo llegó á su poder?
TERESA Por azar.
RAM. ¡Explica, á ver!
TERESA ¡Porque á Dios le plugo así!
Nunca mi *noble* marido
pensó en darme tal sorpresa
y en un cajón de su mesa
guardábala por olvido.
Mas se mezcla lo casual
y á su luz se desvanece
toda sombra y aparece
esa farsa criminal. (Alzase del sillón.)
Pero hay que ver el cariño
con que un desdichado escribe
mientras el dardo recibe
en su corazón de niño.
(Leyendo.)
«Plaza y puerto militar
»de Cavite á veintidós
»de Noviembre.»
RAM. ¡Justo Dios!
TERESA ¿Comprende usted mi pesar?
RAM. Sí, hija mía, lee, lee.
TERESA (Leyendo.)
«Querida Teresa...»
RAM. (Interrumpe.) ¡Tres,
tres meses tan solo!
TERESA ¡Así es!
RAM. ¡Si se escucha y no se cree!
TERESA (Leyendo.)
«Es cosa que ya me aterra
»tu silencio prolongado;
»carta tuya no he logrado
»desde que estalló la guerra.
»Cuando en la triste mañana
»del ataque de Cavite

»disfruté de aquel convite
»de la flota americana,
(Desde este instante empieza á anochecer gradualmente.)
»viéndome en trance postrero,
»pues volando, por la herida,
»se me escapaba la vida,
»díjele así á un camillero:
»—Camarada, ¿tienes madre?
»—¡Madre tengo, á quien adoro!
»—Por ella un favor te imploro.
»—Pues pide cuanto te cuadre.
»—¡Gracias, gracias! Si es mi sino
»que haya hoy de morir, promete
»remitir este paquete
»de cartas á su destino.
»Igual encargo te haré
»de este retrato, hechicera
»imagen de la primera
»y única mujer que amé.
»¡Aunque la efigie es mejor,
»que siga mi infausta suerte,
»y en el lecho de la muerte
»nos una el enterrador!
»Llevé el retrato á mi boca,
»dile un ósculo de fuego,
»y quedé en las andas luego
»inerte como una roca.
»Pero libre el alma mía
»de sus lazos terrenales,
»los ámbitos celestiales
»tristemente recorría,
»preguntando en cada estrella,
»que con su vuelo abordaba,
»si allí su mundo se hallaba,
»si residías tú en ella;
»porque todo es baladí
»en faltándome tu ser...
»¿ni qué gloria puede haber
»no estando cerca de tí?»
(Interrumpe la lectura con un sollozo ahogado.)

RAM. De tan remotos lugares
¿quién sabe lo verdadero?
No leas más; ver no quiero
renovados tus pesares.

TERESA Sí, madre mía; el final;
unas frases solamente.
(Lee.) «Apenas convaleciente,
»tras seis meses de hospital,
»hallábame contemplando
»la mar á puesta del sol,
»mis tristezas de español
»con tu recuerdo endulzando,
»fija la vista anhelante
»en el puerto de Manila,
»lacrimosa la pupila
»y enrogecido el semblante;
»cuando acudiendo á mi lado
»nuestro paisando Lacueva
»me sorprendió con la nueva
»de que te habías casado.
»¡Y lo gracioso es con quién!
»¡Pues con Anselmo, el *novicio*,
»aquel que burló el servicio
»y á mí me burló también!»
(Cesa de leer, y cae de nuevo en el sillón.)

RAM. ¿Eso escribe?

TERESA Sí; aquí está.

RAM. Entonces lo sabe todo...
Mejor; ya habrá hallado modo
de consolarse.

TERESA ¡Ojalá!
(Con amargura.)
¡Si el eterno galardón
diera por su amor un día,
hoy por su olvido daría
gustosa mi salvación!

RAM. ¡No digas tal!

TERESA ¿Su presencia
cómo arrostrar sin espanto,
ni cómo ante él, cielo santo,
justificar mi inocencia?

RAM. ¿No guardas el documento
que su muerte certifica?

TERESA Puede ser falso.

RAM. Eso, chica,
es apurar mucho el cuento.
Ya anochece. Voy á dar
el aviso á Magdalena

para que arregle la cena.
Tú, mientras tanto, á rezar.
(Se aproxima á la Virgen, enciende un fósforo y luego con él los dos candeleros.)

TERESA ¡A rezar!
RAM. Pero con fe;
¡que aquí reside la calma!
TERESA ¡Tengo mal dispuesta el alma!
RAM. ¡Vamos, prueba!
TERESA Probaré.
(Se retira Ramona por la derecha.)

ESCENA V

TERESA, en actitud reflexiva

¡La fe... la fe!... Tuve mucha.
Fuí religiosa y creyente;
¡mas ya late indiferente
mi espíritu en esta lucha!
Desde el punto en que nací
va la desgracia en mi pos...
¡hasta un ministro de Dios
se ha hecho un Satán para mí! (Levantándose.)
Ser, procuré, tan honrada
como exige la *doctrina*;
llamé á la *gracia divina*
al verme desamparada,
¡y sólo encontré en mi anhelo,
doquier que fijé los ojos,
aquí punzantes abrojos
y desdenes en el cielo!
(Suena el toque de oración á conveniente distancia.)
¡El toque de la oración!
Fiel recuerdo de mis penas;
¡cómo vibras, cómo suenas
dentro de mi corazón!
A tal hora ¿quién te olvida
crepúsculo vespertino,
si al pie de esa reja vino
á darme su despedida?
Con apasionado afán
de consolarme trataba,

y casi casi lloraba
en tanto el pobre Julián.
Cual yo, sentíase presa
de visible desaliento,
hicimos un juramento,
cambiamos una promesa,
y al ¡adiós! del pobre mozo,
que aquella noche partía,
otro ¡adiós! le respondía
en las alas de un sollozo. (Transición.)
No lo puedo remediar;
siempre que miro esa puerta
que da salida á la huerta,
me parece verlo entrar
feliz, sonriente, dichoso,
lleno de pasión... ¡Quién sabe
si no conserva aún la llave
como un recuerdo amoroso!
Van transcurridos tres años.
¡Cuán veloz el tiempo pasa!
Huyó la paz de esta casa,
vinieron los desengaños,
y al torrente de ese amor
que fué mi encanto de ayer,
pone hoy diques el deber
y barreras el honor!
(Transición.)
¡Ah, ser de mi ser querido!
¡Ah, mísero desterrado,
con tanto afán esperado
como al presente temido,
si acaso pensando en mí
—¡quién ya en la constancia fía!—
vuelves á tu patria un día,
no te acerques por aquí...
ni sueñes en reclamar
que te cumpla su promesa
aquella débil Teresa,
que no ha sabido esperar!
¡Mas, oh, Dios, cuán diferente
mi situación de la suya!
¿Qué argumento habrá que arguya
en pró de esta delincuente?
¡Oh, Julián, cuenta al venir

que ante tus justos enojos,
tendré que bajar los ojos
y de vergüenza morir!
(Se acerca á la Virgen, presa de la mayor angustia, y cae ante ella de hinojos.)
¡Virgen santa, gloria y prez
de cielos y maravillas,
te lo ruego de rodillas,
ocúltame de mi juez!
(Teresa queda súmida un momento en profundo éxtasis. Suenan dentro, á la izquierda, y como á lejana distancia, pero perceptibles para el público, tres ó cuatro detonaciones de armas de fuego. Sigue otra pausa conveniente. Se abre la puerta de la izquierda con alguna lentitud y asoma por ella Julián, revólver en mano, vestido con el uniforme de los repatriados de Filipinas y con el distintivo de sargento segundo y manifestando algún recelo. Queda la puerta cerrada.)

ESCENA VI

TERESA y JULIÁN

JULIÁN Nada se oye. Han escapado (Escuchando.)
á seguida de tirar...
Yo también he disparado
(Marcando las palabras y al público.)
en la sombra y al azar...
¡Bien se ve que era esperado!
(Da algunos pasos por la escena y ve á Teresa arrodillada.)
¡Teresa!
TERESA ¡Julián!
(Levantándose y retrocediendo con estupor.)
JULIÁN ¿Qué es esto?
¿A mi vista retrocedes
con horror tan manifiesto?
¿Qué mal de mí temer puedes?
(Con tono dulce.)
¡Yo hiciera igual en tu puesto!
TERESA ¡Ah, piedad! (Echándose á los pies de Julián.)
JULIÁN ¿Piedad de qué? (Alzándola del suelo.)

TERESA ¡Víctima fuí de un engaño!
JULIAN ¡Teresa, todo lo sé,
y al entrar aquí no entré
á causarte ningún daño!
Vengo, como el ave herida,
á visitar el paraje
que fué mi cuna querida,
y á rendirte un homenaje,
el último de mi vida.
TERESA Nuestra situación fatal
tengamos, Julián, en cuenta.
JULIAN Pensemos, si te es igual, (Con tono amargo.)
en la farsa conyugal
que hoy aquí se representa.
TERESA Yo vivo... considerando
que el tiempo pasa volando
y penas y angustias calma.
JULIAN ¡Pues, Teresa, las de mi alma
más y más van arraigando!
Tempestades en la mar,
catástrofes en la tierra,
todo lo pude olvidar,
todo, menos esa guerra
que te hizo capitular.
TERESA ¡Fué traición abominable!...
¿Mas, no es, Julián, vano empeño
tratar de lo irremediable,
cuando además el culpable
legalmente es hoy mi dueño?
JULIAN ¡Se teje una red artera
y la ley por todo pasa!
TERESA ¡A tal punto que pudiera,
si uso del derecho hiciera,
arrojarte de esta casa!
(Sonriendo con amargura.)
JULIAN No lo hará, no es tan temible.
TERESA Guarda un odio inextinguible
para tí.
JULIAN Me río de él.
TERESA Va á gritar que soy infiel,
y la calumnia es terrible.
JULIAN Vamos, habla francamente,
explícate sin rodeos,
me propones buenamente

que de tu lado me ausente,
¿no acerté con tus deseos?

TERESA Salvar una situación
tan peligrosa y tan grave,
esta y no otra es mi intención.

JULIAN (Resuelto y malhumorado.)
¡Y la mía, ya se sabe;
esperar aquí á un ladrón!

TERESA ¡Dios justo! (Asustada.)

JULIAN Con tu permiso
voy á esperarle sentado.
(Sentándose en el sillón. Teresa se arrodilla suplicante á su lado.)

TERESA ¡Ah, Julián, será preciso
que le recuerde el pasado
al ser que tanto me quiso!
(Julián vuelve el rostro sollozando.)
¡Lloras!

JULIAN ¡Lloro!

TERESA ¡Virgen pura!

JULIAN ¡Siento una angustia mortal!
¡No te asombre mi ternura,
que hasta en la peña más dura
pone Dios el manantial!
Oyeme, tú, desdichada,
(Aproximándola á su pecho con exaltación de cariño.)
que invocando la pasada
felicidad de un amante,
hoy tu pasión delirante
quisieras ver apagada;
permite que él, á su vez,
una memoria sencilla
evoque de tu niñez,
de aquella edad en que brilla
la ingenuidad sin doblez.
(Transición.)
¿Lo has olvidado? Frisabas
en los doce, yo en los quince,
tú con mi fe ya contabas,
para ver que tú me amabas
no tuve que ser un lince.
Surgieron las relaciones
sin palabras ni sonrojos,
pues nuestros dos corazones

confiaron á los ojos
sus tiernas explicaciones.
¡Pero la suerte envidiosa
de armonía tan dichosa
nos llena pronto de duelo
que á empañar vino aquel cielo
una nube tempestuosa.
De terrible enfermedad
tu padre fué acometido...

TERESA A ella debí mi orfandad
y á ella el haber conocido
también tu inmensa piedad.

JULIAN Ningún extraño quería
asistir al moribundo...

TERESA Su contagio se temía...

JULIAN Y de él todo el mundo huía...

TERESA ¡Sí menos tú, todo el mundo!

JULIAN Pues bien, casi en el momento
de exhalar su último aliento,
aquél noble ser humano
pone tu mano en mi mano
y exclama con grave acento...

TERESA ¡Tu conducta bienhechora
es deuda que á mi hija pasa!...

JULIAN ¿Lo ves? ¡Eres mi deudora!
¡Que entre tu marido ahora, (Con arrebato.)
que entre á echarme de esta casa!
(Pausa breve.)

TERESA ¡Yo siempre te he sido fiel
y séame Dios testigo!
¡Mas oh, situación cruel,
ni puedo vivir con él
ni debo vivir contigo!
¡En documento oficial,
ó hábilmente simulado
con apariencias de tal,
tu muerte se ha declarado!..

JULIAN ¡Farsa inicua y criminal!

TERESA Tus cartas...

JULIAN ¡Las cartas mías!..
¡No desconozco el secuestro,
ni la traición de Matías...
ni las muchas picardías
de ese fraile astuto y diestro!

TERESA ¡Fray Clemente!...

JULIAN El confesor
de tu madre.

TERESA Dí mejor
su ave negra.

JULIAN ¡O el demonio!...
que ha urdido este matrimonio
sin cariño y sin amor.

TERESA ¡A la ingerencia y maldad
de tal fraile, son debidos
tu infortunio y mi ansiedad!

JULIAN ¡Oh! ¡no todos los bandidos
viven en cuevas! (Con sonrisa irónina)

TERESA ¡Verdad!

JULIAN ¡Singular, bendita tierra
que á tanto ser regalado
(Mareado y eon sarcasmo creeiente)
en tanto convento encierra,
mientras mendiga el soldado,
ese paria de la guerra!
¡Para él su desdén glacial
y olvido para el culpable
del desastre nacional,
ya se llame general
ó ministro responsable!
(Golpe de tos seea y de carácter pulmonar, que trata de eontener, llevándose á la boca el pañuelo y las manos.)
¡Linda tos!
(Reparando Teresa en la mano de Julián.)

TERESA ¡Virgen sagrada,
sangre en tu mano!

JULIAN Permite.
(Retirando la mano y apresurándose á limpiarla en el pañuelo.)
No ves bien, no vale nada.
¡Dulces bromas de Cavite!...
Aunque esta es algo pesada.
(En tono de broma.)

TERESA ¿De aquella herida quizás
el efecto y consecuencia?...

JULIAN Y un gran consuelo además.

TERESA ¿Por qué?

JULIAN ¿En la razón no das?

¡Porque mina mi existencia!
¡Porque es síntoma que augura
al fiero mal con que lidio
no lejana sepultura
y me evita un suicidio,
que hoy pide mi desventura!
(Rumor de voces á la izquierda y no muy cerca.)

TERESA ¡Ese rumor! ¿Qué pensar?

JULIÁN Registrando están la huerta.
(Abre la puerta de la izquierda y escucha.)

TERESA Alguno te vió al entrar.
(Se aproxima á la puerta y cierra.)

JULIÁN Teresa, ¿qué haces?

TERESA ¡Cerrar!

JULIÁN ¡Al contrario, abre esa puerta;
que así lo exigen tu honor
y mi honradez!
(Se oye la campanilla del Viático sonando á lo lejos.)

TERESA ¡La campana
del Viático!

JULIÁN (Como si presintiera algo funesto para él.)
(¡Valor!)

RAM. (Dentro.)
Luz, Teresa, á la ventana;
¿no oyes que pasa el Señor?

TERESA ¡Mi madre!

ESCENA VII

DICHOS y RAMONA

RAM. ¿Quién está aquí?
(Reparando en Julián.)
¡Ah, Julián! (Reconociéndole y con asombro.)

JULIÁN (Con amargura.) ¡Julián!

RAM. ¡Dios santo!...
¡Lo que temíamos tanto
cuán cerca se hallaba!

TERESA ¡Sí!

RAM. ¡Por esa Virgen María (Señalando á la imagen.)
te juro solemnemente
que Teresa es inocente,
(Cesa de sonar la campanilla.)
que toda la culpa es mía!...

JULIÁN (Interrumpiendo.)
No se alarme usted, señora,
porque en este mismo instante,
parto de aquí.. y Dios mediante
para siempre. ¡Un cuarto de hora
quise consagrarle á quien
tanto el alma idolatró!
(Cambio de tono, tomando el sombrero y en actitud de marcharse.)
La entrevista... terminó...
(Con reconcentrado dolor.)
y ustedes lo pasen bien.
(Se dirige á la puerta de la izquierda.)

TERESA ¡Por la huerta no! (Con miedo.)

JULIÁN ¿Y por dónde
más seguro?..
(Al tiempo de salir tropieza con Fray Clemente, que le cierra el paso, seguido de los dos Guardas jurados armados de fusiles. Julián retrocede hasta la derecha como sorprendido.)

F. CLEM. ¡Atrás, malvado!
¡No me había equivocado! (Al grupo.)

TERESA / RAM. ¡Fray Clemente! (Con terror.)

F. CLEM. ¡Aquí se esconde!

ESCENA VIII

DICHOS, FRAY CLEMENTE y Grupo del pueblo

TERESA ¿Es delito visitar (Repuesta y con altivez.)
mi casa?...

F. CLEM. ¡Sí, maldecida,
cuando en ella un homicida
su crimen quiere ocultar!

TERESA ¿Homicida? (Asombrada mirando á Julián.)

JULIÁN (¡Estoy perdido!)

F. CLEM. ¿No sabes para quién es
ese Viático?... Pues (Señalando hacia la izquierda.)
para tu señor marido!

RAM. ¡Anselmo!

TERESA ¡Oh, Dios, será cierta
desgracia tan espantosa!...

F. CLEM. ¡Mientras lo vende una esposa
(Sonriendo sarcásticamente.)
el agoniza en la huerta!

TERESA ¡Imposible!
(Se dirige á la puerta de la izquierda y pretende salir por ella.)

F. CLEM. ¿Dónde vas? (Oponiéndose.)

TERESA ¡Déjeme usted! (Insistiendo.)

F. CLEM. ¿Todavía
osa insultar su agonía
esta infame? (Al grupo.) ¡No saldrás! (A Teresa.)

TERESA ¡Fray Clemente!
(Con tono desesperado y retorciéndose las manos.)

JULIÁN ¡Por mi fe...
(Ya repuesto y brioso.)
que á la ofensa con la ofensa
respondí, y en mi defensa
el revólver disparé!

F. CLEM. (Con indignación.)
¿Justificarte procuras?
(Al grupo.)
¡Ea, prendedle!
(Penetran los Guardas para ejecutar la orden.)

JULIÁN ¡Un momento!
(Al ver que se le acercan.)
Proceded con mucho tiento
y nada de ligaduras.
¡Que no sufro, vive Dios,
ni el más pequeño desmán!
¡Vamos!
(Con desden, dando algunos pasos. De pronto fija los ojos en Teresa, se para y exclama con dolor.)
¡Teresa!

TERESA ¡Julián!
(Respondiendo en el mismo tono y abrazándole con pasión.)

JULIÁN ¡Adiós!

F. CLEM. (Al grupo, con sonrisa sarcástica.)
¡Se abrazan!

JULIÁN ¡Adiós!
(Desprendiéndose de los brazos de Teresa. Luego á Fray Clemente con profundo desprecio.)
¡Y tú, reptil, no me extraña
que tu obra pérfida acabes!...

¡Mientras vivan estas aves (Al cielo.)
no hay redención para España!
(Vase seguido de los dos Guardas Teresa y Ramona quedan al fondo como anonadadas.)

ESCENA ÚLTIMA

TERESA, RAMONA y FRAY CLEMENTE

F. CLEM ¡Esos insultos soeces
(Como contestando á Julián desde la puerta de la izquierda.)
sólo me inspiran piedad!
(Teresa, llena de ira, con resolución y avanzando hacia Fray Clemente.)
TERESA ¡Pues ha dicho la verdad
y tiene razón mil veces!
F. CLEM. ¡Ah! ¿también tú? (Con sonrisa de burla.)
TERESA No le envidio
el mal que ha ido usted sembrando...
Anselmo allí (Por la huerta.) agonizando,
Julián cerca de un presidio...
y usted, procaz, iracundo,
el principal delincuente,
mofándose impunemente
de la justicia y del mundo.
¡Mas por Dios, que no ha de ser!
(Con furioso arrebato.)
¡No has de triunfar, enemigo!
¡Y recibe tu castigo
por mano de una mujer!
(Empuña el cuchillo que ha quedado sobre la mesa al principio del acto y va á herir á Fray Clemente que retrocede espantado.)
F. CLEM ¡Ah! (Esquivando el golpe.)
RAM. (Interponiéndose y casi abrazándose á Teresa.)
¡Qué intentas, desdichada!
TERESA ¡A vengarme sin piedad!
RAM. ¡Un crimen!..
TERESA ¡Verdad... verdad!
(Arrepentida y arrojando el cuchillo.)
¡Loca estoy! ¡Virgen sagrada!

¡Huyamos, madre, de aquí,
que este lugar me da espanto!...
(Tirando de un brazo á Ramona.)
¡Ministros tuyos!
(Señalando con la mano al Fraile, dirigiendo la mirada al cielo y con sonrisa sarcástica.)
¡Dios santo,
cómo se burlan de tí!
(Hija y madre se ocultan por el foro, el Fraile permanece á la izquierda en actitud meditabunda y cae el telón.)

FIN DEL CUADRO

NOTA

Deseo hacer constar que la eminente actriz Luisa Calderón interpretó á maravilla el papel de la protagonista de este cuadro dramático, y que por ello, le estará siempre reconocido su seguro servidor,

M. Zapata.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*

